

La importancia de los artículos: el, la, lo, o sobre tolerancia y respeto

Exageraba un poco, no mucho, Heidegger al sostener que

«la palabra es el gran peligro, el peligro de los peligros para el hombre» (*Hölderlin y la esencia de la poesía*).

Nunca habla Heidegger a humo de pajas, ni yecampañadas sin saber de dónde vienen, aunque a veces nos cueste a los demás ver el fuego de que el humo proviene y la campaña que bandea. Lo mejor es, pues, tomar en serio sus palabras y ponerse a luminar con ellas la realidad y complejidad del mundo, y notar si los tropezones que hemos dado, nosotros o nuestros antepasados, biológicos o filosóficos, han procedido de no caer en cuenta de los peligros de la palabra: de no haber llamado, por ejemplo, pan al pan, y vino al vino, o de emplear a troche y moche aquello de «donde digo digo no digo digo sino Diego», que es una manera de nunca corregir un error y tenerse por infalible o inerrante.

La gramática suele comenzar por el artículo determinado: por *el, la, lo*. Haciendo caso, pues, reverentemente a Heidegger, me he preguntado: ¿qué especial peligro —y, sobre todo, qué peligro de peligro, si es que lo hay— nos acecha en el uso de *el, la, lo*?

La Flor, decía Mallarmé, es la eterna ausente de todo ramillete de flores. Cito de memoria. Y por una lógica que nada tiene de poética diríamos que «la Fruta es la eterna ausente de toda canastilla de frutas». Pero si llevamos desmesurada-mente la fórmula mallarmeana más allá de esos cotidianos y humildes terrenos, con unos pasos más caeremos de bruces en herejías o en blasfemia. En cuestiones de religión: «Cada religión —se lo cree y es el primer artículo de su Credo— es religión verdadera; y, además y sobre todo, es la religión verdadera». «Cada religión es la religión y es religión.» La religión no es la eterna ausente de todo el ramillete de religiones, habidas y por haber; sino una sola de ellas. Y a no ordenar-me a mí mismo —echando mano del depósito de ilimitada benevolencia que cada uno tenemos siempre dispuesto para lo propio— añadiremos los filósofos: ¿La Filosofía es la eterna ausente de todas las filosofías, o bien: la eternamente presente en una sola, que sería la verdadera filosofía: la mía? ¿El tomismo es filosofía y es la verdadera filosofía; el marxismo es filosofía, y es la filosofía; el orteguismo es filosofía, y es la filosofía ... ?

Sólo con decir de una religión —católica o luterana ... — que es, sin duda —seamos generosos—, religión verdadera, mas no la verdadera, corremos el riesgo de que nos quemem en hoguera pública, y con auto de fe —si es que pueden hacerlo—; que tener derecho y obligación de hacerlo, y no poder, con dolor el alma, renunciar a tales derechos y obligaciones, y tener, dolorosamente, que ejecutarlo por delegados, es convencimiento y práctica de toda religión que sea la religión verdadera; mas no es derecho ni obligación de la que sea sólo religión verdadera. Sólo la impotencia física excusa a la religión verdadera de tales derechos y obligaciones.

Y si nos propasamos, dejándonos llevar por lógica y gravitación ideológica, a ejemplificar una vez más, y deimos: «el socialismo ruso es verdadero socialismo, pero no es el socialismo; que el socialismo chino es verdadero socialismo, mas no es el socialismo; que el socialismo cubano es verdadero socialismo, mas no es el socialismo» —por lo mallarmeano de:

«El Socialismo es el eterno ausente de todos los socialismos»—, tengamos cuidado de dónde y cómo lo decimos, pues la omisión del artículo *el* nos pondría fácilmente si no en artículo de muerte, sí, tal vez, de patitas en la cárcel o en la frontera.

Puestos en el despeñadero de la lógica y gravitación ideológica no hay por qué detenernos aquí —el filósofo no se arredra jamás ante las consecuencias, que tanto espantan aun a aquellos que no se arredran ante la muerte.

¿Puede haber un Dios que sea verdadero Dios, y, con todo, no sea *el* verdadero Dios? A griegos y romanos le a-recibió naturalísimo responde que sí, y que así era; y, por natural, el Olimpo se olvidó de los dioses, que eran, cada uno, verdadero dios, mas ninguno de ellos era *el* Dios verdadero. El Dios era el eterno ausente de todos los dioses. Y nadie discutió, ni persiguió, ni mató por eso sólo de no poner ante Dios el artículo determinado singular: *el*. Pero *él* mató y persiguió —por poner eso de *el*— a los que pretendían, como los cristianos, monopolizar la divinidad, con miras lógicas a constituir y mandar en un Estado que fuera *El* Estado y en un Imperio que fuera *El* Imperio: *el* de *El* verdadero Dios.

«Pero no llevemos aún las cosas al plano de guerra, al de peligro y hoguera: a peligro de vida o muerte. Caigamos en cuenta de la paz y deleites de que todavía disfrutamos por no emplear el artículo determinado singular ante flor y fruta. manzana es fruta, pero no es *la* fruta; la chirimoya es fruta, mas no es *la* fruta ... ; el clavel es flor, pero no es *la* flor; la rosa es verdadera flor, pero no es *la* verdadera flor; no es *La Flor*. La deliciosa paz que aquí reina, y de la que sin remordimiento disfrutamos, proviene, justamente, de la ausencia de *el*, *la*. Y convencidos el placer que damos al amigo o a la amiga enviamos a o un canastillo de frutas, y a la otra un ramillete de flores. Tal vez no caigamos en cuenta de que eso es posible gracia a la eterna ausencia, por existente, de *La Flor* y de *La Fruta*.

La ausencia de monoteísmo gramatical o la presencia del politeísmo floral y frutal se abarían en el momento en que una empresa sucumbiera a la tentación, natural, del monopolio, en favor de una fruta y una flor, proclamadas *La Flor* y *La Fruta*.

Que, en verdad, todo eso son monopolios —y no estado natural de nada: ni de Dios, ni de Religión, ni de fruta ni de flor.

II

Advertíanos Nietzsche que eso de creer que el atributo de unicidad es propio y digno de la divinidad no pasa de pre-juicio. Lo grande grande fuera, decía, el que hubiera muchos dioses, y hasta una infinidad de ellos y un sinnúmero de ne-cesarios. Que necesario e infinito parezcan excluir un plural es un defecto de esos atributos, no una virtud o calidad de ellos.

Claro que Nietzsche no llegó a enterarse de lo que por aquellos tiempos había ya descubierto Cántor: que hay muchos infinitos en un mismo orden, coordinables entre sí biuní-vocamente, atributo a atributo, tan ricos en constitutivos uno como otro, sólo que dispuestos en orden interior diverso y original. Que hablar de *El* Conjunto de los números natura-les —0, 1, 2, 3 ... — no es hablar de un único conjunto infinito, sino de uno cualquiera de los biunívocamente coordinables con ese, cada uno de los cuales pudiera hacer, a su vez, de término de comparación y de definición de lo que es el trans-finito primero. El conjunto infinito 1, 2, 3 ... es verdadero con-junto infinito; mas no *el* verdadero conjunto infinito enume-rable. Y si esto pasa en el orden matemático, bastará con ello para que la proposición universal afirmativa: el infinito es único —infinito es *El* infinito— resulte falsa. El infinito es el eterno ausente de todos los infinitos, de todos los infinitos concretos y reales. El infinito es un vacío abstracto.

Que «Lo necesario es único»; que hablar de *Lo* Necesario sea hablar de *El* Necesario, sin mentar un nombre propio, entra, de nuevo, en las ganas de monopolio, en el prejuicio que lo fundamentaría teóricamente.

Lo necesario tiene una sospechosa calidad: la de no poder ser lo que se es sino de una sola manera. Es cierto, a tenor del refrán popular español, que «quien no se consuela es por-que no quiere», que eso de no poder ser más que de una mane-

ra admite el consuelo de creer que es la única buena, bien-aventurada, perfecta, envidiable —y poseída. El ser necesario se consuela de ello por ser «esencialmente bueno, necesariamente justo, necesariamente bienaventurado, necesariamente amor ... ». Lo cual es decir que se consuela por ser necesaria-mente lo máximo que nosotros podemos concebir y que, en el fondo, deseamos o pedimos para nosotros. Nos sublevamos ante frases como «necesariamente malo», «necesariamente condenado»; y cuando aplicamos a algún desgraciado esos calificativos, creemos piadosamente descargar nuestra con-ciencia moral, diciendo: «los condenados al infierno están ne-cesariamente condenados, pero como secuela de tales o cua-les acciones tuyas libres». Eso de «Dios, verdadero Dios, mas esencialmente malo» define al maniqueísmo. El Mal fuera *lo* necesariamente malo; y *el* necesariamente malo. Pero a El Mal lo declaran los teólogos como *el* eterno ausente de todos los males, cada uno de los cuales es malo, pero no *El* Malo, o *Lo* Malo. *El* Mal o *Lo* Malo no existe, que, de existir, sería *Lo* necesariamente malo. Y eso sí que no lo aguanta nadie. Pero pocos también aguantan la lógica. Tratemos de hacer de tripas corazón —y aguantar lógica.

III

S. Anselmo nos dejó escrita una sentencia, citada e impresa ya tantas veces que una más puede pasar inadvertida, a no ser que le saquemos punta, roma como está ya de tanto usarla filósofos y teólogos. Me refiero, claro está, a la de: «Dios es aquello, mayor que lo cual nada se puede concebir», o más breve y definido: «Dios es lo máximo que podemos concebir». No fuera tal sentencia alabanza para Dios si no sobrentendie-ra Anselmo esotro: «Lo que yo, Anselmo, concibo como máxi-mo es lo real y verdaderamente máximo: lo absolutamente máximo».

De haber insi tido Anselmo en eso de yo —yo, hombre—, se le hubiera encogido el ombligo ideológico —la filosofía— y se hubiera guardado muy bien de escribir esa sentencia. La verdadera y sincera afirmación sería: «lo que yo, hombre, creo

que es lo máximo que me cabe en mi cabeza de hombre, creo que no puede hallarse en Dios, por o ser El ni yo ni hombre».

S. Agustí fue más discreto en este punto: el mar no cabe en la concha del niño, por muchas veces que vaya al mar, la llene y vierta su contenido en el pocito hecho por sus manecitas. Dios no cabe en la mente del hombre, por muchos conceptos —concha que emplee— que sumerja en Dios para sacar algo y lo vierta en el pocito de su cabecita, y de ahí salga en forma de tinta sobre papel, en folio o no.

Y ¡qué cosas se han llegado a tener por máximas y dignas de ser atributos de Dios! Comenzando por eso de ser, esencia, sustancia, unidad, identidad, causa, principio, motor, absoluto ... Jesús alabó a la viuda pobre que echó en el gazofilacio o hucha del templo un cornadito, unas puyitas; y se burló en público, mas sin crueldad —dolido e alma-, ante los rumbosos y trompeteantes fariseos, los sacerdotes ricos que daban e lo que les sobraba —y, por otra parte, lo que entraba en el tesoro del templo revertía a sus bolsas, siempre vasos comunicantes entre Templo y Bolsa.

La teología no es de alabar por poner en la cuenta de Dios eso de ser, esencia, existencia, motor, causa, principio, a soluto ... riquezas de la filosofía, rica en conceptos, sino por esos cornaditos o puyitas de la viuda, de los pobres, que son esas palabras de «padre, nuestro, pan, deudas, perdón, tentación, santidad, reino de los cielos, voluntad de Dios»; lo que dijo, sencilla y humildemente el hijo del hombre, Jesús, hijo d carpintero: «Padre nuestro que estás en los cielos ... ». Esa oración es, ante los pretenciosos tratados de teología, el cornadito o puyita —sólo que fue Jesús quien lo echó cual tesoro del Templo, y ése sí que no relluye a la bolsa de nadie, ni siquiera a las arcas del Banco del Espíritu Santo.

Lo máximo, *El ser, El absoluto, La existencia, La Verdad, El Necesario, La Iglesia, La Filosofía, El Dinero, El pueblo elegido, La gens sancta ... El, La, Lo* nos pierden.

Las frutas, las flores, las iglesias, los partidos, las filosofías, las teologías, los pueblos ... son cornaditos o puyas, despreciables inucias ante La Fruta, La Iglesia, El Partido ... El, La, Lo los toleran o las toleran entre compasivos y d spec-tivos —digan lo que dijeren en público. Comenzaremos a creer

en su sinceridad ante el plural de las flores, de las frutas, de las iglesias, de los partidos, de los pueblos... cuando r nuncien de pensamiento, palabra y obra al *Mono: monoteísmo, monopolio político, religioso, económico...*

Sólo entonces nos respetaremos, en vez del ambiguo tolerarnos que es la apariencia formal y externa de un desprecio profundo.

El, La, Lo son formas sutiles de desprecio hacia los, las. Los filósofos las adoramos cual lo máximo. *La Idea, La Esencia, La Existencia, La Verdad, La Filosofía —La mía.* Por ello «acontece», cuando más, tolerancia en filosofía; jamás, respe-to. Pero eso de tolerar sin respetar nos viene a los filósofos de *La Teología*; y a ésta, de *La Religión*; y a ésta de *El Dios*. Tal es nuestra excusa; no, nuestra justificación, ni la de nadie.

¿Aprenderemos a respetarnos —en vez de tolerarnos?

«Imitad —decía Jesús— a vuestro Padre celestial, quien hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justo e injustos.» Justos e injustos, buenos y malos son hijos suyos —del Padre celestial—, todos por igual hijos, respecto de esos bienes, paradigma popular de todos los bienes para aquel sencillo pueblo de humildes agricultores, que son Sol y Lluvia.

No tolera el Padre celestial a buenos y malos, justos y pecadores; ningún Padre tolera a sus hijos ... Los respeta, si es que se respeta como padre. Para cada uno de ellos su padre es su padre; no El Padre, a excepción de la aristocracia: de esa zootecnia humana de que habla, por tan ruda y brutal palabra, Marx.

¿Cuándo nuestros padres en religión, política, filosofía ... se determinarán, sincera y plenamente, a ser nuestros padres, cada uno de sus hijos, y dejarán de tenerse por *El Padre: El padre* de los hijos privilegiados, de *El Pueblo elegido, de El Partido, de La Escuela filosófica, de La Democracia* ejemplar?

Si fuera posible olvidar el uso, significado y pretensiones de los artículos *El, La, Lo*, tanto que ni siquiera regieran —como en el latín clásico de los respetuosos romano hacia religión y costumbres de los pueblos—, tal vez no caeríamos tan fácilmente, tan frecuentemente, en la tentación desarada de monopolio, en la hipocresía de la tolerancia, e hiciéramos

posible saliera el sol y cayera la lluvia —los bienes materiales y los espirituales— por igual sobre católicos y protestantes, cristianos y judíos, marxistas y capitalistas, blancos y negros.

No confundamos tolerancia con respeto; la primera asesina a la segunda con premeditación, nocturnidad y alevosía.

El, La, Lo son el peligro de los peligros para el hombre.

Heidegger tenía razón —que no lo es de *El*, ni de *La Su Escuela*; lo es de todos.